

N.º 272

D†S

**“ROGAD,
PUES!...”**

(Mt 9, 38)

CIRCULAR

del

Hno. BERNARD GAUDEUL

SUPERIOR GENERAL

HH. MENESIANOS

Junio 1984

“ROGAD, PUES I...”

(Mt 9, 38)

“Orad sin cesar”

(1 Ts 5, 17)

INTRODUCCION

«Se vuelve a rezar». Es lo que se oye decir en todas partes.

Grupos, más o menos informales, están surgiendo allí donde tal vez menos se podía esperar: en las universidades, en los suburbios de las capitales, en las ciudades y aldeas, a veces durante largas horas, sus miembros rezan sin cesar. No se trata de monjes, son comerciantes, obreros, jefes, gente de todas las categorías y edades, que han estado a veces años enteros sin pensar en Dios y que vuelven a encontrar el gusto de la oración. Rezan largo tiempo, rezan en público, rezan con todo su ser, con su cuerpo, con su corazón y su entendimiento.

Algunos creen ver en ello una moda. Pero el fenómeno sigue. Son muchos los signos que lo acreditan. Basta abrir los ojos y... el corazón para detectarlos: los monasterios pocas veces han dado acogida a tantos huéspedes en busca de silencio y de oración; las casas de retiro se multiplican y están siempre llenas; se instituyen «campañas de oración» muy estimulantes, a las que acuden los jóvenes; son incontables los libros que tratan de la oración y hay nuevas revistas que sacan buenas ganancias al hablar sólo de esta materia.

Vuelve a despertarse la piedad popular: las romerías atraen de nuevo a las muchedumbres; vuelven a nacer las devociones locales; es toda una corriente subterránea de fe, enraizada en la profundidad del ser, que surge a la luz del día.

¿Quién lo hubiese pensado hace quince o veinte años? ¿No es un signo del nuevo Pentecostés que Juan XXIII vaticinó para la Iglesia? ¿No es acaso una manifestación anticipada de este vigésimo primer siglo religioso que los espíritus más clarividentes de este tiempo anunciaron muchos años antes, cuando nada dejaba prever todo esto?

Cada uno da su explicación: la sociedad de consumo no llena las profundas aspiraciones del hombre que abre un camino hacia el mundo espiritual para no quedar ahogado; la secularización provoca como reacción una llamada de misticismo; el laicismo ha secado el corazón sin llenar el entendimiento que busca, insatisfecho, a cada paso una respuesta a sus problemas; los mismos jóvenes, sobre todo, que parecen encontrar su deleite en el ruido y en el barullo, aspiran a lo interior y escogen lugares de silencio en donde vuelven a hallar la profundidad de su ser, descubriendo en él a Dios, que ha fijado en ellos su morada. Después del reinado en solitario de la materia o de la razón, viene ahora el desquite del corazón, el desquite del hombre.

Existen riesgos de desviación, acentuados por unos, minimizados por otros. No se trata de disimularlos: no toda religiosidad es camino hacia la fe cristiana, hacia la verdadera oración. Hay también falsas pistas que centran al hombre sobre sí mismo y no en Dios, o peor todavía, que lo diluyen en el anonimato de la naturaleza o en la nada. Se impone pues un discernimiento.

Sin embargo queda en pie el hecho, masivo, sorprendente: se vuelve a rezar; muchos de nuestros contemporáneos tienen sed de oración. Ya se trate de la oración más espontánea o de aquella que se sumerge en un prolongado recogimiento; ya sea la oración sensible, realizada con gestos y actitudes exteriores, ya la oración tranquila, que permanece a pesar de la sequedad y aridez; ya se trate de la oración tradicional, que utiliza fórmulas estereotipadas o de ritos ancestrales o de la oración moderna rica en fórmulas nuevas. La tendencia iconoclasta de

los años 1960-1970 ha tenido como resultado imprevisto volver a resucitar las primeras, sin duda como reacción por haber suscitado otras que responden mejor a determinados temperamentos. Esta multiplicidad de formas permite que cada uno encuentre su propia forma, sin que nadie esté autorizado a erigirse en doctor de la oración ni a preconizar como camino ejemplar su propia manera de rezar.

Este soplo del Espíritu ha pasado por nuestra Congregación. Varios Hermanos han experimentado una renovación en su plegaria, particularmente en la oración o en la Eucaristía; varias comunidades han vuelto a imprimir en el Oficio, cantado o recitado, en la adoración al Santísimo Sacramento, esa intensidad de comunión con Dios que no debieron haber perdido nunca.

También aquí se podrían multiplicar los ejemplos: Hermanos que vuelven a encontrar el gusto de la oración personal en el secreto de su habitación, de su clase o de su despacho; de la oración de la hora, tan propia para renovar la intimidad con Dios; del rosario, esa oración de los pobres. Hermanos que se alimentan con la palabra de Dios, meditada en su corazón, en los momentos de tinieblas o de luz. Hermanos que se vuelven a encontrar cada noche, junto con algunos voluntarios en los internados, delante del SS. Sacramento para adorar, alabar, agradecer, suplicar y para experimentar este o aquel método de oración hoy en boga. Hermanos que polarizan la presencia de Cristo en la capilla de la comunidad: les agrada recogerse, aunque sea por breves instantes, de paso entre dos clases, antes o después del catecismo, como preparación a un encuentro que se prevé va a ser más difícil o que ellos creen más importante. Hermanos que dedican largos ratos delante de Jesús Hostia, por la noche, en la capilla, habiendo corregido ya todas las composiciones, preparado sus clases y terminado todas las reuniones, para que todas las actividades que se hayan realizado o las personas que se han tratado durante el día, sean bendecidas por él. Hermanos que participan con agrado en grupos de ora-

ción, parroquiales u otros, implicados a veces en el equipo directivo. Hermanos que hacen los «Ejercicios espirituales» de San Ignacio, tradicionales en el Instituto, o que consagran algunos días de sus vacaciones, además de los días de recogimiento y del retiro de regla, a «escuelas de oración», a «experiencias espirituales», a «semanas de formación». Hermanos que ayudan a sus alumnos a rezar y animan por medio de algunos de ellos a grupos abiertos a todos... Creatividad para múltiples realizaciones, que manifiestan y profundizan el gusto de Dios, de su presencia, de su palabra.

¿He sentido yo personalmente, al igual que muchos otros que se han dejado conquistar, en lo más profundo de mí ser, esta vibración interior, esta emoción del corazón, que me incita a un encuentro más íntimo con Dios? Que cada uno se interpele: ¿en qué medida me ha alcanzado esta ola que mueve a la oración? ¿Me he dejado bañar por este río de vida, del que habla Ezequiel (Ez 47, 1-12) o sigue corriendo sin que yo me moje siquiera los pies?

¿He tomado por lo menos conciencia de este cambio maravilloso de la Iglesia de hoy? Sin duda, si es que estoy al tanto de los signos de los tiempos. Pero probablemente no, si me quedo encerrado en mis problemas, revolviendo mis incapacidades y miserias, repitiendo mi rutina, refractario a todo cambio, a toda renovación. Probablemente no, si pienso que soy demasiado pecador para pretender llegar a una unión profunda con Dios o que es demasiado tarde para convertirme, después de tantas tentativas estériles en el pasado. ¡Y eso que toda la historia de Israel me dice que Dios se complace en hacer fecundo al anciano y a la estéril y en escoger a los pecadores entre sus preferidos!

El Espíritu pasa... ¡No permitamos que esta ráfaga de aire fresco que acaricia a la Iglesia se detenga en el umbral de nuestras comunidades o de nuestros corazones! Al contrario, abrámosle puertas y ventanas para que esta primavera postconciliar brote también en nosotros. ¿Cómo

podríamos nosotros continuar siendo un desierto cuando los otros se convierten en oasis?

Estos hechos nos deben espolear. Son una invitación personal a profundizar nuestra unión con Dios y una invitación comunitaria a comprobar la calidad de nuestra oración. A ello nos exhortan las voces más autorizadas de la Iglesia: el Concilio Vaticano II en el Decreto **Perfectae Caritatis**, Pablo VI en **Evangelica Testificatio** (nn. 42-49), Juan Pablo II en sus numerosos mensajes a los religiosos y, aún más recientemente, en la exhortación apostólica **Redemptionis Donum**, de 25 de marzo de 1984, la SCRIS ha dedicado un documento entero a la «*Dimensión Contemplativa de la Vida Religiosa*», que nos viene a recordar «la doctrina de la Iglesia sobre la vida religiosa» (nn. 28-30).

Todas estas voces nos repiten a porfía que «*sin la oración, la vida religiosa no tiene sentido. Pierde el contacto con su fuente, se vacía de su sustancia y no puede ya conseguir su finalidad*». (Juan Pablo II en Washington el 7 de octubre de 1979). Descuidar la oración o dejarla, significa renunciar a que brote su ser profundo de hijo de Dios y traicionar su fecundidad apostólica. Es atentar contra la vitalidad de la comunidad religiosa, vinculada directamente con la vitalidad de la oración de sus miembros.

Movidos por tantas exhortaciones, ¿no nos conviene tal vez profundizar mucho más en la oración? Tanto más cuanto que el Capítulo General de 1982 nos ha señalado como orientación prioritaria para los años sucesivos la renovación espiritual de los Hermanos y de las comunidades.

Al comenzar estas páginas yo siento al mismo tiempo una gran alegría y cierta sensación de impotencia. ¡Una gran alegría, porque hablar de la oración es hablar de aquello que se vive todos los días, de lo que más agrada a nuestro corazón! Una sensación de impotencia porque la materia es tan dilatada como el mar. ¿Por dónde comenzar? ¡Hay tanto que decir! ¿Qué orden seguir ante toda esta abundancia?

Los tratados sobre la oración son muchos. Llenan las bibliotecas religiosas y las de mi comunidad con seguridad, si es que quiero hacer el inventario de sus estanterías. No se trata de reemplazarlos. Del mismo modo que no han querido sustituirlos las muchas Circulares, escritas sobre esta materia, desde los orígenes de la Congregación, y que sería bueno volver a leer (Circulares nn. 27, 68, 90, 104, 106, 147, 227, 243). Testimonian la importancia que tiene la oración. Puede ser que nos hablen también de su dificultad. Puesto que si los Superiores creen necesario hablar con frecuencia de esto, es ciertamente porque esta materia tiene sus dificultades.

El tema es inagotable pero no es exhaustivo. ¡Por esto mismo nos permite una mayor libertad! Más que a la teoría, haré alusión a la práctica, a la experiencia.

Comenzaremos por dos constataciones:

- **la oración es fácil**; nos hemos formado en ella desde muy jóvenes;
- **la oración es difícil**; exige ser almas fuertes, capaces de afrontar largos, dolorosos y duros combates.

Nos haremos entonces la pregunta: ¿no tenemos acaso en Jesús el modelo del que reza? Si nosotros le mirásemos... Así aprenderemos algunas lecciones para nuestra vida.

1. LA ORACION FACIL

1.1. La raíz de nuestra oración

Hemos hecho la experiencia de la oración mucho antes de entrar en religión. Nos hemos abierto a ella muy pronto en nuestras familias, en donde hemos respirado la fe como el aire, sin más problemas. La oración ha seguido su curso, de un modo tan natural como el juego. Era normal rezar mañana y noche, rezar todos los días el rosario, ir el domingo a Misa. Muchos de nosotros conservamos el recuerdo de nuestra familia reunida todas las noches para la oración antes de acostarnos. Y no era un testimonio insignificante ver de rodillas delante de Dios, para rendirle homenaje, al cabeza de familia, en quien admirábamos la autoridad y la bondad.

Las fiestas religiosas daban su ritmo a nuestra vida. Las que se repetían todos los años, según el ciclo litúrgico: Navidad y Pascua de Resurrección, y también la fiesta de Todos los Santos, la Candelaria, el Corpus Christi, sin nombrar las fiestas tan populares de la Virgen, las del primer viernes de mes, las Cuarenta Horas, el mes de María, etc.

Aquéllas otras que jalonaban la historia de la familia: bautismos, primeras comuniones, profesiones de fe, confirmaciones, bodas. La alegría que nos infundían, era a la vez humana y religiosa. Lo mismo el sufrimiento, cuando llegaba la muerte y se celebraban los entierros. Dios, Cristo, María, los Santos formaban parte del mundo de cada día, del paisaje familiar. En todas las salas de la casa presidía el crucifijo, imágenes o estatuas de la Virgen ocupaban un lugar de honor.

Tal vez la piedad era más sociológica, pero Navidad era una fiesta cristiana, la Cuaresma imponía penitencias que

preparaban las alegrías de Pascua, las procesiones permitían la expresión pública de la fe.

En la escuela reinaba el mismo clima y respondíamos generosamente a la invitación de comprometernos en movimientos de formación espiritual, como la Cruzada Eucarística, o visitar al SS. Sacramento en la capilla del colegio o en la iglesia parroquial al ir o al volver de las clases. Antes de cada fiesta litúrgica importante, era de rigor confesarnos.

En estos ambientes cristianos no existía entonces la contestación más o menos abierta de la oración. Su necesidad no era cuestión de razonamiento, sino de convicción, de intuición espiritual, de evidencia del corazón. Nadie discutía la teoría; todos la practicaban y nadie hubiese querido faltar a ella. Oración fácil, brotada de la vida de la que se alimentaba y que a su vez alimentaba.

De este período nos quedan disposiciones reales para la oración. ¡No se olvida uno tan fácilmente de la propia infancia y adolescencia! Y nosotros rezamos con frecuencia hoy del mismo modo que ayer, con el mismo gusto, la misma sencillez, la misma voluntad de entregar a Dios nuestro tiempo y nuestra atención.

En las casas de formación, en las que la mayoría de nosotros ha vivido largos años, no hemos tenido necesidad de convertinos, de hallar una perla rara y escondida, sino más bien de profundizar aquello que se vivía, de hacerlo personal, de pasar de un rezo recibido a un rezo fruto de voluntad. La formación que se nos dio en el noviciado nos ha ayudado mucho, pero estaba en la misma línea, limitándose a acentuar esta inclinación del corazón hacia Dios. El novicio estaba naturalmente abierto y disponible para con Dios. La gracia le había prevenido. Había gustado qué bueno es El y cómo su presencia nos da una sensación de dulzura, de gozo y de plenitud. Había recibido en herencia el don más rico: el de la oración. Estaba como al unísono con Dios; le hablaba como a un amigo, vivía con El.

Puede ser que hoy estemos propensos a criticar nuestra oración de ayer. La juzgamos más sociológica que personal, más impuesta que libre, extraña a la profundidad del ser, demasiado superficial, formada más de oraciones recitadas, sacadas de los libros y formuladas de antemano, que de verdadera presencia de Dios, que de un verdadero encuentro con Alguien.

No seamos demasiado exigentes con nosotros mismos, ni con los demás: padres, educadores, sacerdotes, amigos... Corremos el riesgo de confundir la oración —maravillosa realidad espiritual— con sus formas, tan variables según las edades y las épocas. De hecho, nosotros hemos aprendido a rezar más por el ejemplo y la práctica que por la teoría.

Con el correr de los años habíamos llegado a una especie de vida con Dios, muy sencilla, familiar, la mayor parte del tiempo sin emociones, pero capaz en todo tiempo de crear un clima en el que la oración nacía como la planta de su terreno.

De acuerdo con la gran tradición bíblica y eclesial, los actos principales del día (levantarse, comidas, vida de familia, trabajo, acostarse), los días de la semana y los meses del año, estaban santificados con el pensamiento de Dios, ofrecidos en sacrificio espiritual de agradable perfume. Nuestra vida se deslizaba bajo la mirada de Dios, en una gran intimidad con El. No era ya el Extraño, sino por el contrario el Omnipresente. Para algunos con un sentido de temor; para la mayoría con aquella sencillez, aquel espíritu de infancia que gustaba tanto a Jesús cuando vivía en Palestina. La oración era menos un acto que un estado, pertenecía menos a un tiempo que a todos los tiempos.

1.2. El desarrollo de nuestra oración

nuestros hoy.

Esta facilidad de rezar, esta espontaneidad son valores de siempre; también pueden ser

¿Acaso no estamos consagrados a Dios? ¿No le hemos entregado todo lo que somos y todo lo que tenemos? El movimiento de nuestro corazón consiste en vivir todos nuestros instantes para El, hacer de nuestra vida entera una plegaria. Las actividades más variadas que llenan nuestros días encuentran su unidad y su consistencia en el ofrecimiento absoluto de nosotros mismos a Dios, realizado por el bautismo y la profesión religiosa. Mientras no lo neguemos, con intención deliberada de hacerlo y de aprovecharnos de ello —pero ¿qué religioso podría portarse así?— la actividad es oración, la vida es oración. Más o menos consciente, pero real. La oración desemboca en la conducta cristiana y la conducta cristiana alimenta la oración. La dicotomía oración-acción no debe existir. Es necesario que la balanza no se desequilibre y que después de «*sólo la acción*» no se llegue a «*sólo la oración*».

Esta conciencia difusa de vida en Dios asoma a la luz del día en esos momentos privilegiados de encuentro que la Regla prescribe o que el religioso se reserva para sí. Es como una necesidad del corazón, una exigencia del amor, y es al mismo tiempo el reposo al que el alma aspira para pertenecer por fin a su Señor y aferrarse sólo a El, y es la actividad suprema hacia la cual tiende para expresarle su amor.

Se expande y se encoge momento tras momento. Se expande porque el amor necesita expresarse; se agita y se aquieta; sin avergonzarse y sin timidez, lo transforma todo en palabra de amor. Se encoge, se concentra, «*se apacigua*» diría San Juan de la Cruz, todo paz y silencio, en espera de la venida del Amado.

La oración es esta alternancia, este vaivén interior del hombre que habla, seguro de que Dios lo escucha, y del hombre que está callado a la escucha de su Dios. La oración es palabra y es silencio, palabra aceptada en el silencio de los Tres, silencio que acoge la Palabra de Dios.

Puede ser que aparezca antes que nada como el grito

del hombre herido, que no puede más y pide socorro, o como la humilde solicitud de perdón después de la caída, repetida una vez más, o también como el reconocimiento jubiloso, la alabanza torrencial de Aquél que es Plenitud; oración que termina en la maravilla y en la adoración. Es una explosión de dolor o de alegría, grito del corazón que no logra ya detener sus lágrimas o sus cantos. Hasta comprender que Dios estaba allí aún antes de que el hombre abriese su boca y que ha sido El quien hizo brotar en los labios el clamor de la oración. Hasta comprender que la oración es gracia, un don de su amor preveniente.

Entonces el alma se calla, en espera de Aquél que la espera. El cambio se invierte. El grito que desde ahora se oye es el del Dios que muchos rechazan y que quiere dejarse oír: «¡Hijo mío, dame tu corazón!», el grito de Jesús en la cruz: «¡Tengo sed!». La oración se hace acogida, silencio, simple presencia delante de la Presencia, abandono de sí mismo en las manos de Dios.

La oración consiste en estar allí delante de Dios, amarle y sobre todo en dejarse amar por El, en dejar que su ternura invada nuestro corazón, que su luz ilumine nuestro espíritu, que su paz se establezca con dulzura en todo nuestro ser, en permanecer tranquilos delante de El, sin hacer nada y sin decir nada, sencillamente dichosos de estar allí, sea que nos sintamos colmados o sea que tengamos la impresión de ser ignorados, seguros de que constituimos la alegría de Dios, como el niño está seguro de ser la alegría de su padre sólo por estar presente y cerca de él.

Con frecuencia nosotros complicamos las cosas. Creemos que estamos rezando y que rezamos bien, porque multiplicamos las declaraciones de amor, porque tenemos consuelos sensibles o porque pasamos largo rato sin distraernos delante del SS. Sacramento.

El Padre de La Mennais aconsejaba que «al rezar a Dios no hagamos esfuerzos violentos para elevarnos a consideraciones muy altas» sino más bien que «en el momento

de ser llamados y atraídos por El, sigamos la inspiración de la gracia, acudiendo a El con la sencillez de un niño pequeño que se deja llevar de la mano. (**Mémorial**, p. 18 - **Avis Spirituels**, XII). Es cuestión de vivir a la sombra del Espíritu, empaparnos poco a poco de su rocío, como fecundados por él, que hace germinar en el corazón y en los labios la alabanza, la adoración, la acción de gracias y la invocación.

Podríamos tomar muchos de los consejos que el Padre de La Mennais daba a sus hijos durante los retiros —¿el Reino de los Cielos no es acaso para aquéllos que se asemejan a los niños?—: *«Poneos en espíritu a los pies de Jesucristo; no repetáis muchas frases; no canséis vuestro espíritu con fórmulas vanas; decidle a El lo que diríais a un amigo, a un padre; descubridle las heridas de vuestra alma para que él las cure, vuestras dificultades y penas para que él os aclare y os consuele; contadle también con humilde sencillez vuestras debilidades, vuestras infidelidades, vuestras faltas...; en una palabra, que vuestra fe os haga a Cristo tan presente como si le vierais y que obréis con El como si hubieseis tenido la dicha de verle y de hablarle cuando El estaba en esta tierra»* (*Sermons I - A los niños*, p. 186).

Esta oración se nos hace más fácil porque el Espíritu «*ora en nosotros*» (Rm 8, 15). Basta asociarse a «*sus gemidos inenarrables*» hacia el Padre, con los sentimientos del Hijo que los expande en nuestros corazones. Allí susurra palabras de amor, con ese lenguaje divino, que mana eternamente, nacido del corazón del Padre y que se expresa en una Palabra sustancial, encarnada en Jesús que nos la repite con palabras humanas.

La oración es Jesús que se acerca a nosotros, que llama a la puerta de nuestro corazón y espera su respuesta, aquella respuesta que su Sopro habrá suscitado si aceptamos abrirle. Antes de ser respuesta del hombre, la oración es don de Dios: «*¡Si tú conocieras el don de Dios!*» (Jn 4, 10). Todos somos Samaritanos, que llevamos

en nosotros una fuente de agua viva que sólo pide brotar, esa fuente de agua viva que Ignacio de Antioquía oyó y que le decía «*Ven hacia el Padre...*».

Tales son los adoradores que el Padre busca, aquellos que oran «*en Espíritu y en Verdad*» (Jn 4, 23). El percibe en ellos la voz del Amado, a la que no puede resistir. Sólo Cristo en realidad sabe orar, porque sólo «*el Hijo conoce al Padre*» (Mt 11, 27). Para ser oídos por el Padre, nuestra oración debe vaciarse en la suya; debe saber suplicar con El, dar gracias cuando consagra la Eucaristía, de tal modo «*que no tengamos sino una sola voz con El*» (Jean-Marie de La Mennais, *Sermons VI*, p. 1470). Oración de pobre, oración humilde, que mueve el corazón del Padre, por ser la oración de Jesús: «*Todo lo que pidiéreis al Padre en mi nombre, El os lo concederá*».

Oración que tiende a invadir la vida entera y que poco a poco queda reducida a un solo acto: amar; a una sola palabra: amor. Amor que el Padre tiene a su Hijo: «*Tú eres mi Hijo amado, tú tienes todo mi favor*» (Lc 4, 22), amor que el Hijo tiene a su Padre: «*Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que yo te amo*» (Jn 21, 17). «*Vosotros preguntáis cómo se puede rezar siempre. Preguntad entonces cómo es que se puede siempre amar, pues la oración no es más que el amor y el amor es la más bella y la más perfecta oración*» (Jean-Marie de La Mennais, *Sermons*, p. 1478).

Todos nosotros hemos conocido esas horas de felicidad en las que la oración manaba como una fuente...

2. LA ORACION DIFICIL

Hemos descubierto que la oración es difícil; hemos visto que no se logra sin dificultades, que la oración es un combate con diferentes etapas.

2.1. Antes de rezar Hay combates que se libran aun antes de rezar. Los primeros de todos son los **combates intelectuales**, que condicionan con

frecuencia el éxito de los demás. Son muchas en efecto las teorías que pugnan en contra de la necesidad de consagrar a Dios un tiempo. La oración sería inútil, ineficaz, tiempo perdido. Lo que cuenta es la lucha por la justicia, por la liberación de los pobres y de los pueblos. Dedicar a la oración unas horas que podrían emplearse en la alfabetización de los ignorantes, o también en la catequesis o en movimientos de acción católica o de formación espiritual es un lujo burgués. Hacer esto es una huída hacia lo irreal, es la señal de que no se ha entendido la apuesta de la civilización con la que se enfrenta la Iglesia. La caridad hacia el prójimo prima la caridad hacia Dios, y aún la suple.

Además, la vida es oración. Consagrarse al pobre es rezar. Dedicarse a obras apostólicas es rezar. El deber de estado es rezar. Es mejor tener la puerta abierta a los jóvenes, que tienen tanta necesidad de ser comprendidos y amados, que retirarse devotamente en una capilla para rezar tranquilamente. Hay que aprender a ser el prójimo de nuestros hermanos, como nos lo pide el mismo Jesús, y ayudarlos, aun cuando los reglamentos exhorten a acudir a la oración. ¿No invitaba San Vicente de Paúl a sus Hermanas a «dejar a Dios por Dios»? En los hermanos necesitados Jesús se revela mucho mejor que en una dulce plegaria.

Sin duda este esquema no es de ahora. Se emplea como un disco usado. Pero sigue dando vueltas en las cabezas. ¡Hace falta tiempo para exorcizar estos demonios! Sobre todo cuando se presentan ostentando la autoridad de autores con títulos y de modelos ilustres, o están de acuerdo con vuestro sentir y luego siguen vuestra tendencia y os confirman en la misma. ¡El apóstol que ora, se inclinaría por lo fácil! Es más exigente vivir con sus alumnos, junto a ellos, con la puerta abierta todo el día para escuchar sus propuestas, para consagrar sus sábados y domingos a la concienciación de los pobres, de los explotados, a un grupo de formación apostólica o espiritual, etc.

Es verdad que hay que estar muy cerca de sus alum-

nos. Es cierto que debemos dedicarnos con fervor a su formación cristiana; es cierto que debemos abrirles a la vida social y política, iniciarles en el uso de los medios de comunicación social, despertar en ellos —frente a la injusticia y a la miseria— reflexiones cristianas, enseñarles a juzgar todas las cosas a la luz de la fe. Es verdad que existe el peligro de correr hacia un misticismo enervante que lleva al descuido de los deberes de estado, a rehuir las tareas difíciles de la dirección, educación, catequesis, enseñanza y administración que nosotros tenemos, sin duda más duras, y refugiarnos en las delicias de una oración consoladora.

¿Para qué colocar en oposición entre sí aquello que debería ser complementario? ¿No podrían mis actividades alimentar mi oración y no podría la oración fecundar aquéllas? Porque en realidad ¿de qué sirve dedicarse a la educación, si no es para que los corazones se entreguen a Cristo y para que se extienda el reino de Dios? ¿Quién podría obtener esto por medio del trabajo del hombre? ¿No es una gracia de Dios, deseada y alcanzada en la oración? ¿No se ha negado el mismo Jesús a establecer el Reino de Dios con la sola ayuda de los medios temporales? ¿No se impuso como regla de vida la adoración de Dios solo? (Mt 4, 8.10).

Toda la tradición espiritual, toda la gran experiencia de los grandes apóstoles de ayer y de hoy nos repiten con vigor la afirmación de Cristo: *«Sin mí nada podéis hacer»*. *«Una pausa de verdadera adoración tiene más valor y mayor fecundidad espiritual que la actividad más intensa, por más apostólica que sea»*. (Juan Pablo II a los Superiores Generales, noviembre de 1978). Se puede y se debe encontrar el justo equilibrio entre los compromisos apostólicos por los pobres y el compromiso por Dios en la oración. No puede haber movilización en favor de la obra de Dios sin movilizarse por Dios. *«No se puede olvidar al Señor del trabajo en nombre del trabajo por el Señor»* (Juan Pablo II).

El segundo combate que hay que emprender es el **del tiempo que se debe dar a Dios**. La **Regla de Vida** impone, por la mañana y por la noche, un reglamento limitado de oración, un horario mínimo. Esto basta para hacer santos; la experiencia lo ha demostrado. ¡Con tal de que seamos fieles! La experiencia demuestra también por desgracia que el tiempo de la oración es el más expuesto a ser reducido. A veces, este tiempo de la oración queda devorado por las reuniones de la tarde y por levantarse tarde por la mañana, cuando no es por las retransmisiones de la televisión, las charlas inútiles o las pérdidas de tiempo de todo género.

Con mayor frecuencia diferentes actividades devoran nuestras vidas. ¡Tantas cosas por hacer en un colegio y nosotros somos tan pocos! Al cabo de los años, se acumulan responsabilidades que no es fácil repartir. El mismo celo apostólico nos arrastra: ¿Cómo podríamos permanecer insensibles a tantas urgentes necesidades que interpelan nuestra entrega, nuestra caridad, nuestra competencia? Se disminuye cada vez más el tiempo reservado a la oración, sin que eso nos preocupe demasiado.

Es extraño que haya religiosos, que han dedicado su vida a Dios, y no consigan encontrarle ya cara a cara, a no ser de tarde en tarde. Es raro que, llenos de fervor para revelarle a los hombres, nos detengamos muy poco a contemplarle, a escuchar sus consejos, a conocerle mejor para poder hablar mejor de El.

¿Cómo puede ocurrir que nos dediquemos a nuestras actividades preferidas o que tomemos nuevos compromisos, en detrimento del tiempo que debería ser reservado a El? Y esto cuando se debe hacer lo contrario y prolongar nuestros encuentros con El en la medida en que las responsabilidades ocupan nuestro horario.

La esterilidad apostólica de muchas de nuestras actividades puede encontrar en esto su causa principal. No

nos dan a Dios porque no se abastecen ni se alimentan de El. Del principio al fin permanecen humanas, solamente revestidas de cualidades humanas: la limitación, el pecado, la muerte. No nos pueden producir más que desengaños. Sólo Dios puede darles la capacidad de engendrar la vida, de llevar frutos de vida, de vida eterna, porque en El sólo pueden hallar su fuente y su cumplimiento. El apostolado no es obra de la naturaleza, es gracia de Dios, fruto del Espíritu. Para llevar los hombres a Dios es necesario poseerlo uno mismo. No le puede revelar sino aquél a quien El se ha revelado; sobre todo en la oración.

Perder tiempo con Dios es ganar tiempo en favor de los hombres. No se equivocan los que van a pedir consejo en masa a los «espirituales», a los «santos»: sus consejos no son sólo una palabra de hombre, sino palabra de Dios, humilde y soberana a la vez. Una sola puede bastar para transformar el corazón.

¡Cómo describir la tristeza de una vida en la que Dios ya no es el primer servido! ¡Y a lo mejor debe contentarse con los restos de una jornada llena hasta el borde de actividades, con algunos minutos hurtados a escondidas a un trabajo de estudio, a la corrección de temas, a reuniones interminables!

¿No haría falta corregir el rumbo del barco y reservar previamente y a todo trance un tiempo para el encuentro con Dios, un tiempo largo? Nos haría falta una fuerte convicción para perseverar más en la oración. Tanto más cuanto que hay que dejar a Dios, a la Palabra de Dios, el tiempo de impregnarnos, de convertirnos. Esta Palabra lo hace sin prisas, con dulzura, como el aceite que impregna y sana, como una luz que disipa lentamente la noche. Dios no acepta ser programado, ni calculado. No se revela a paso de cronómetro. ¡Ni tampoco se abre a un amigo inmediatamente, en un cuarto de hora! Se necesita tiempo, algunas veces una tarde entera, un día o más.

¿Sabemos regalar a Dios un poco de tiempo? ¿De un modo gratuito? Si no lo hacemos, nunca sabremos rezar.

Sobre todo hoy cuando un cúmulo de preocupaciones nos oprime, es necesario prever un momento de clarificación antes de entrar de lleno en la oración. Y poco a poco se la toma gusto. Así como el apetito viene comiendo, el gusto por la oración viene rezando. Y se verá muy pronto que la oración que se prolonga, aun cuando no fuera otra cosa que una presencia sufrida y muda delante de Dios, o repetición de fórmulas muy sencillas, formadas a veces por una sola palabra repetida indefinidamente, permite llegar a profundidades que no se descubren de otro modo. Ciertamente veremos que el tiempo dado a Dios se nos devuelve centuplicado.

Los días siguen siendo de veinticuatro horas, pero como la oración nos hace ver las cosas en su justo valor y las sitúa en su justa perspectiva, como las pasiones están más dominadas y el espíritu más lúcido, el trabajo es más sereno y por esto más productivo, los problemas más complejos se ven mejor y se resuelven más rápidamente. El mismo trabajo se cumple con menos tiempo. A la luz de Dios, lo que se realiza en la obediencia —ese deber de estado que a veces me parece tan pesado— encuentra su equilibrio y hasta su solución. En todo caso eso ya no ofrece inquietud, ya no molesta, ya no distrae de lo Esencial, sino que al contrario encuentra en El su justo lugar.

Hace falta, pues, consagrar a Dios tiempo, mucho tiempo, un tiempo de presencia, un tiempo de silencio, que llega a ser poco a poco un tiempo de revelación y luego un tiempo de coloquio. El corazón se aquieta, el entendimiento se clarifica, todo el ser se rehace. La oración se convierte en descanso.

2.2. Durante la oración Con frecuencia la oración es **ella misma un combate**. Las razones de esto pueden ser varias.

Vuelvo con el espíritu preocupado del último trabajo al

que me he dedicado, de la última lectura que acabo de hacer, de las discusiones en las que he participado y para las cuales encuentro ahora más argumentos de los que he tenido poco antes para justificar mis posiciones.

El corazón a su vez se desprende mal de la última persona tratada, de ese alumno que ofrece preocupación, de un fracaso imprevisto que nos deja desalentados.

Sin hablar de la imaginación y de la memoria, que no están nunca escasas de recursos, depósito inagotable de imágenes y recuerdos, que parecen poseer un maligno placer en imponerse al espíritu durante la oración.

En pocas palabras, estamos excesivamente llenos, rebosamos. ¿Cómo podría quedar un lugar para Dios? ¿Un momento para ser todo de El?

Hace falta discernir y distinguir de qué naturaleza son mis distracciones.

Hay algunas que son «preocupaciones del Señor», acerca de los deberes de mi estado, y que es posible cambiar en oración, tal vez desprendiéndonos un momento y dedicándonos ante todo a la adoración y a la alabanza, y luego presentándolas al Padre, a Cristo. Ya no son distracciones, sino que llegan a ser materia de mi oración. Ofrezco a Dios todos esos cuidados que me atormentan, todos esos problemas que me inquietan, pido sus luces, me coloco en una actitud interior de escucha de su voluntad por medio de ellos, se los encomiendo abandonándome del todo, y poco a poco vuelvo a encontrar la paz del corazón, concedida a los hijos que dan el sí a Dios y que están persuadidos de que *«sí el Señor no construye la casa, en vano trabajan los albañiles»* (Ps 127, 1).

Hay distracciones que entrañan las «preocupaciones del mundo», de nuestro yo egoísta. Aquí se impone una ruptura. Será preciso comenzar por ponerme tranquilo, no sólo para buscar una postura física de sosiego, en la que me encuentre cómodo, relajado, sino también para reco-

germe, es decir, para reunir mi ser disperso, para «llamar a mis perros» a que vuelvan a la perrera y no molesten ya el corazón y el espíritu con su vagabundeo en busca de Dios. *«Tú cuando ores, entra en tu cámara y, cerrada la puerta, ora a tu Padre, que está en lo secreto»* (recomendaba Jesús (Mt 6, 6).

Un duro combate, que puede darse al comenzar, al medio o al fin y que a veces puede prolongarse durante toda la oración. ¡El hombre no es siempre dueño de su memoria y la loca de la casa no se deja tan fácilmente domar, ni el espíritu tranquilizarse!

Por lo menos el corazón está dirigido hacia Dios que es objeto de sus aspiraciones; aquí está lo esencial; no es necesario preocuparse excesivamente y pasar el tiempo en procurar domar facultades en rebeldía. Lo que vale es la disposición de una profunda voluntad, entregar su propia voluntad a Dios, el abandono del ser que por espacio de un cuarto de hora, de una media hora, de una hora o más, quiere ser todo de Dios. No le interesa que le molesten como moscas, imágenes, recuerdos y pensamientos, obstaculizando esa tendencia del hombre que quiere esponjarse delante de su Señor. Entonces, aun cuando nuestra conciencia nos acuse, *«delante de Dios apaciguaremos nuestro corazón, ya que Dios es más grande que nuestro corazón y El todo lo discierne»* (1 Jn 3, 20).

* * *

La **dificultad** para rezar brota también a veces de la uniformidad. «El aburrimiento nació un día de la uniformidad»... La repetición, día tras día, de los mismos actos, a la misma hora, puede llevar a la rutina, fuente de tedio y de desafecto. Cuando habría que acudir a la oración como a una cita de amor, cuando esto debería ser cada vez una fiesta, hay algunos que acuden por deber, para tranquilizar su conciencia, porque la Regla lo manda y el reglamento lo

prevé. El cuerpo está presente, el corazón está en otra parte. La oración pesa como cualquier obligación, se hace sin alegría, con el alma cansada, acostumbrada.

¡Pero esta misma regularidad debe ser amor! Así es el amor de la madre que se dedica a los trabajos de todos los días «molestos y fáciles», así es el amor del padre de familia que trabaja por los suyos, el amor del profesor que consagra a sus alumnos su tiempo y sus fuerzas. Sostener, perseverar es señal de profundo amor, muy diferente del amor de los «bellos comienzos», de las llamaradas brillantes y que queman, pero... que también pasan. Es el amor de los esposos que han vivido largo tiempo juntos y que se expresa ya sin palabra, con una mirada, con una sonrisa, con la sola presencia. Van más lejos que las declaraciones ardientes de la juventud.

Sin embargo, nos queda todavía el combate más duro: **el combate de la fe.**

Con frecuencia parece que Dios no acude a la cita de mi oración. No da ninguna señal de su presencia. Se calla. La oración se convierte en un monólogo. Tengo la impresión de chocar con un muro de silencio, de atravesar un túnel interminable, oscuro, desierto, de perder el tiempo. Después de muchos meses y años, no ocurre nada, no advierto ningún progreso en la unión con Dios. Los días pasan y son todos iguales: es la noche, con la impresión de soledad en la que mi grito no despierta ningún eco. El cielo permanece sordo a mis súplicas.

Poco a poco dejo el combate. Abandono, mermando mi tiempo de oración, reduciéndolo cada vez más. Después de todo ¿para qué conquistar a Dios? El está más allá de mis posibilidades y, si me abandona ¿qué puedo hacer yo? Sin duda que El no me desea y me desdeña. Víctima inocente de su capricho, le dejo a su gusto y me alejo. Dichosos aquéllos a quienes El mira con amor; yo no soy uno de ellos y me consuelo tratando de alejarme. Job reaccionaba con vehementes invectivas; yo no tengo su temperamento, me callo y me eclipseo.

El recuerdo de los favores recibidos anteriormente hace todavía más doloroso este estado de languidez y abandono. ¿Qué he hecho yo a Dios, ya que hasta ahora me trataba como a un amigo? Me encuentro como el salmista en el destierro que recuerda con nostalgia los días de antaño, cuando llevaba al templo las muchedumbres exultantes.

Aridez y sequedad se vuelven insoportables. Esta travesía del desierto termina por atemorizarme, temo morir de sed. Muchos encuentran en esto la piedra de toque: «Lo he intentado de todas las maneras. No consigo nada. Estoy siempre vacío, árido. No tengo nada que decir, no oigo ninguna voz que me hable. Puedo tomar en mis manos un libro o acudir a oraciones ya hechas y sigo sin encontrar ninguna satisfacción en rezar. El mismo Evangelio se me vuelve insípido. ¿Cómo puede en estas condiciones tener sentido mi oración? ¿Por qué no acabo por abandonarla?». Primero la duda y luego el desaliento se suceden al cansancio. En la capilla practico la política de la silla vacía...

¿Y si Dios para saciarnos sólo esperaba esta actitud de pobre? ¿No sois vosotros delante de El más que una vasija vacía, muy abierta, que su gracia puede llenar? Mejor todavía. ¿No será que el Padre encuentra su alegría en la sola presencia de su hijo, que ha abandonado toda ocupación para estar allí con El y permanecer delante de El, «de noche», sin que la sensibilidad encuentre satisfacción, en la fe desnuda, sin ningún beneficio aparente, sin dejar de buscar a Aquel que se esconde? ¿No será que os despoja del gozo de poseerle para haceros sentir vuestra dependencia absoluta de El y conduciros a ese estado de abandono total a su voluntad que es la oración por excelencia del hijo?

«¡Dios no responde!» dices. En realidad, ya ha respondido antes: «El Padre os ama» (Jn 16, 27). La relación con El está ya determinada: «Vuestro Padre sabe qué es lo que necesitáis» (Lc 12, 30). ¿Cómo no repetirse lo que

San Agustín tan bien entendía: «*Tú no me buscarías de no haberme ya hallado*»? ¡Pero sólo la fe entiende esta respuesta! ¡Su luz es tiniebla! ¡Su certeza no es evidente! ¿No es una invitación a entrar en una oración más despojada, más liberada de sí misma, en la que sólo Dios cuenta, un Dios menos «visible» y menos «expresable», encontrado en el silencio? ¿No será esto una profundización de la oración? Según todos los maestros del espíritu, el ansia de un Dios que permanece ausente y que no nos llena con su presencia sensible, es la oración más bella. Es repetir con el salmista: «*Dios, tú eres mi Dios; yo te busco, mi alma tiene sed de ti, mi carne languidece en pos de ti, en una tierra reseca, agostada, sin agua*» (Ps 63, 2).

Para triunfar en este combate es necesario tener nociones teológicas verdaderas de Dios, de la fe, de la oración, y por lo mismo una formación sólida desde la Casa de Formación, que haga a los Hermanos capaces de entender estas situaciones cuando les toquen a ellos, de acogerlas en la fe y de vivirlas con valentía. Ante todo, los Apóstoles no se preparan por medio de técnicas, sino con convicciones, sacadas de los mejores autores espirituales. «*Una sólida cultura espiritual y doctrinal, unida a una humilde búsqueda, ayudará a los Hermanos a encontrar a Dios en la oración*» (Directorio, 82).

Por último, a veces Dios no sólo retira el sentimiento de su presencia, sino que parece que le satisface probar a aquel que ama. No sólo no responde a su llamada, sino que le deja abatido por el sufrimiento, físico, moral y sobre todo espiritual. El alma roza la desesperación. Y caería en ella si el recuerdo de Jesús abandonado al Padre en su Pasión no le diera ánimos. La gracia de la perseverancia y de la fidelidad las obtiene de ese recuerdo.

Pruebas místicas que el Padre reserva a sus privilegiados. Les hace semejantes a su Hijo Amado del cual vuelven a vivir el Misterio pascual. Purificados para ser instrumentos de elección para la salvación del mundo, se

ofrecen como víctimas voluntarias en las manos del Padre. Se unen a los sufrimientos y a la muerte de Jesús. Son para El «una humanidad suplementaria en la que el Señor renueva todo su misterio», así la alegría de Navidad o de Pascua como el abandono de Getsemaní, la noche del Gólgota. Pero, en el corazón mismo de la desesperación, experimentan, misteriosamente, la «dolorosa alegría» de estar identificados con Cristo crucificado, cuyo sufrimiento y muerte contenían la Resurrección y el don del Espíritu. «Un ideal de este género supera el entendimiento y supera las fuerzas humanas. No es realizable sino en virtud de los tiempos fuertes de contemplación silenciosa y ardiente del Señor Jesús» (Juan Pablo II, en París, a los religiosos, 31 de mayo de 1980).

Más que nunca, esta es la hora de volverse hacia Jesús, de contemplarle en la oración. ¿Ha conocido El la oración fácil? ¿La oración difícil? ¿Ha querido abandonar la oración cuando su misión le ocupaba todo el tiempo, cuando las pruebas le asaltaban? ¿Cómo rezaba El?

3. JESUS EN ORACION

Podemos dar una doble respuesta, una que se refiere al hecho y a las circunstancias, otra al contenido de su oración.

3.1. Lo que Jesús hacía Todos los evangelistas mencionan que Jesús ha orado, y describen algunos aspectos de su oración. Nos lo muestran «empujado hacia el desierto» (Mc 1, 12), «a la mañana, mucho antes de amanecer, levantado, va a un lugar desierto para orar» (Mc 1, 35), aislándose después de una jornada de predicación (Lc 5, 16), subiendo solitario la montaña (Mt 14, 23), refugiándose en el Jardín de los Olivos (Mc 14, 32).

San Lucas, que ha sido llamado el evangelista de la

oración, advierte cuánto oró Jesús en los momentos importantes de su vida, cuando su misión se encuentra frente a decisiones fundamentales.

Al adolescente que acaba de salir de la infancia, si se le quiere encontrar se le debe buscar «en las cosas de su Padre» (Lc 2, 49).

Antes de comenzar su vida pública, pasa cuarenta días en el desierto, alimentado no de pan, sino de la Palabra de Dios.

Durante su bautismo, que inaugura la misión, la comunión entre el Padre y El es total, de tal manera que en respuesta a su súplica los cielos se abren, el Espíritu desciende, la voz del Padre se deja oír.

Después de pasar una noche «orando a Dios» escoge a los Doce (Lc 6, 12-13). Una vez más, la expresión recuerda muy bien la comunión que existe entre El y el Padre, y la relación entre la oración y la misión, esencialmente eclesial.

Está orando al transfigurarse (Lc 9, 29) y ora cuando trata de afianzar la fe vacilante de los apóstoles, amedrentados por el anuncio de su muerte ignominiosa.

Ora antes de multiplicar los panes (Lc 9, 16), signos de la Eucaristía, en cuyo proceso Juan nos lo muestra toda la tarde en oración.

Ora al emprender el combate final en contra de Satanás en Getsemaní y sobre la Cruz (Cf. Directorio, 75).

En esos momentos decisivos, su oración tiene de testigos a los Doce (Lc 9, 18) o a los tres discípulos privilegiados, Pedro, Santiago y Juan. Han adivinado poco a poco lo que El es, han caído en la cuenta de la existencia, entre Dios y El, de una relación original, excepcional y, al comunicárnoslo lo hacen influenciados ellos mismos por el Misterio de su identidad.

No hablarán de la oración judía de Jesús, de la que

hacía en el templo, en la sinagoga o en familia. Se dedicarán a aclarar con discreción y pudor, los caracteres distintivos de su propia oración, en la que se revela el Misterio de su Persona, que descubren poco a poco, al paso de las circunstancias.

Quedan tan impresionados que *«un día, en cierto lugar, así que acabó de rezar, le dijo uno de sus discípulos: Señor, enséñanos a orar»* (Lc 11, 1). Antes de ser su maestro de oración, Jesús ha sido su modelo.

3.2. Lo que Jesús decía Los evangelios nos han conservado siete breves plegarias de Jesús (Mt 11, 25; Jn 11, 41; Jn 12, 27-28; Mc 14, 36; Lc 23, 34; Mt 27, 46; Lc 23, 46) y una larga (Jn 17). Lo que de pronto sorprende es la invocación de Dios bajo el nombre de Padre. Frente a Dios, Jesús se coloca como hijo. No conserva hacia El una actitud de miedo, de temor, sino la más grande reverencia que lleva a la adoración y a la sencillez, la ternura del hijo que llega a llamar a Dios: *«¡Abba!»*, la confianza, el abandono, fundados en la seguridad de que *«sus cabellos están todos contados»* (Lc 12, 7), que el Padre no puede darle un escorpión si le pide un pez (Lc 11, 12), que si el Padre viste tan primorosamente los lirios del campo y alimenta con tanta abundancia los pájaros del cielo, incluso sin que ellos trabajen (Mt 6, 26-28), no puede sino saciar a aquél en quien pone sus complacencias.

Vemos aquí la actitud de fondo de Jesús en su oración: la actitud filial.

Asoma, visiblemente, en los momentos decisivos cuando se ponen en juego su vida y el sentido de su misión. Hasta tal punto los apóstoles quedan impresionados, que nos dejan la misma expresión de su voz, ese vocativo arameo con el cual un niño expresaba a su padre, en la familia, la ternura de su afecto: *«¡Abba!»*, es decir no sólo *«Padre»*, sino *«¡Papá!»*. Un término jamás empleado

hasta entonces en la oración. Ningún Judío se hubiera atrevido a usarlo para dirigirse a Dios, el Señor, y tanto más sorprendente por el hecho de ponerlo en los labios de Jesús.

Esta expresión traduce bien el clima único de su oración, la relación absolutamente original que El tiene con Dios, y que de toda su vida, vivida *«delante del Padre»*, bajo su mirada de amor, hace una oración. La unión filial con el Padre es el centro de su vida. Es lo que quería expresar la carta a los Hebreos, que atribuye a Jesús cuando entra en el mundo esta plegaria: *«Tú no has querido ni sacrificio ni holocausto, sino que me has formado un cuerpo... Entonces yo he dicho: He aquí que vengo para hacer, oh Dios, tu voluntad (He 10, 5-7).*

La primera oración de Jesús que nos ofrece el Evangelio es una oración de **bendición** (Mt 11, 25-27). Los setenta y dos discípulos vuelven de su primera misión; la Buena Nueva que habían acogido en un corazón de pobres ha obrado por medio de ellos maravillas. Como Hijo que «conoce al Padre» (Mt. 11, 27), que es el objeto «de sus favores» (Mt 3, 17), Jesús se alegra en el Espíritu, contento de constatar que de esta experiencia propiamente suya participan ya los «pequeñuelos», aquellos que han tenido fe en su palabra. Estos se convierten en confidentes de la divina revelación y descubren por experiencia, la paternidad de Dios en su expresión inefable de bondad, ternura, paz, gozo...

¡Canta, oh Jesús, tu bendición, pues comienzan las maravillas que se han obrado en la historia por aquellos que aceptan ser pequeñuelos y dejan obrar a tu Espíritu! Que tu corazón exulte de alegría cuando se renueve la primera misión apostólica en las clases de los Hermanos, quienes, dejándose modelar por tu palabra, llegan a ser ellos mismos Palabra reveladora del amor del Padre por sus discípulos!

La **acción de gracias**, la experimentamos vivamente en el momento de la resurrección de Lázaro (Jn 11, 41). Ora-

ción sorprendente que agradece aún antes de haber obtenido, no para hacerse favorable a su bienhechor, sino para que sea manifestada su gloria. Esta oración traduce bien la perfecta comunión entre el Padre y el Hijo: «Yo sabía que tú siempre me escuchas» y el testimonio dado por el Padre acerca de la misión del Hijo: «para que ellos crean que tú me has enviado». Con esto se indica la salvación en su efecto decisivo, la liberación de la muerte. Muy pronto Jesús deberá arrancar a la muerte no a un hombre, sino a la entera humanidad, no por un tiempo, sino para toda la eternidad, no como prueba y sufrimiento, sino para poder entrar en el gozo de Dios. ¡Cuánta razón tiene para dar gracias antes de que se realice esta redención!

Jesús ora sobre todo durante la Pasión. Su oración es entonces un **grito**: un largo grito de súplica en el Huerto de Getsemaní (Jn 11, 41; Mc 14, 36), un grito violento de desesperanza en la Cruz (Mt 27, 46), que se soluciona entregándose a sí mismo en las manos del Padre (Lc 23, 46).

Jesús encarna el grito de los profetas perseguidos, de los desamparados, aplastados por los poderosos, de todos los oprimidos sobre la faz de la tierra, grito que sale de las profundidades de la desesperación del hombre, grito de los mártires, de los prisioneros de todas las cárceles, grito de los niños arrancados a sus padres, grito de la desesperanza humana arrojada al desierto donde no se oye ningún eco. ¡Dios mismo se calla! ¡El mismo Dios no responde a los gritos de su pequeño!, ¡de su Amado!

Esta plegaria se eleva como el grito primitivo de aquel que se proclama en rebeldía frente a lo que le parece contrario a la naturaleza. Recuerda el grito del niño que nace al mundo... ¿Y si fuese, en efecto, para nacer de nuevo?...

El, que no conoce esas horas de desesperación, en las que el apoyo humano no ofrece ninguna ayuda, cuando se tiene la impresión de que Dios nos pide lo imposible, o que el sacrificio parece demasiado pesado, y que sin em-

bargo debemos reconocer la bondad de Dios en su voluntad crucificante: *«Tú bien sabes, en tu amor, aquello que me conviene»*.

Noche de sufrimiento físico que se prolonga sin remisión días y días, acaso años, noche de sufrimientos interiores, de pruebas familiares, de desengaños apostólicos, noche de la fe en la que Dios se oculta con obstinación, noche personal y noche eclesial, noche de mi Provincia o de la Congregación. Es el Huerto de los Olivos, son las escenas de escarnio, es la cruz del Gólgota...

Es el tiempo del perdón de las ofensas, piedra de toque del discípulo auténtico: *«Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen»* (Lc 23, 34); el tiempo de la confianza absoluta en la bondad del Padre, a pesar de las apariencias (Mt 14, 36), el tiempo en el que la comunión con el Padre llega a su cumplimiento: *«¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!»* (Lc 23, 46).

Jesús ha podido vivir estas horas dolorosas porque estaba seguro de que, aun siendo crucificado, el Padre le amaba y que El amaba con el mismo amor a los que le estaban crucificando. Lo mismo podremos nosotros, como El, con El, en El.

La larga oración de Juan 17 desafía todo análisis. Es necesario volver a reflexionar sobre ella, en una meditación continua. Se repiten los diferentes movimientos realizados anteriormente: alabanza, acción de gracias, súplica.

Añade además un nuevo aspecto: la **intercesión**. Jesús ora por sus apóstoles: *«Yo pido por ellos... Guarda en tu nombre a estos que me has dado... Santifícalos en la verdad»* (Jn 7, 11-17), y ora por aquellos que les seguirán: *«No ruego sólo por éstos, sino por cuantos crean en mí por su palabra»* (Jn 17, 20). Y Jesús formula para todos el mismo deseo: *«Padre, quiero que aquéllos que tú me has dado estén en donde yo esté»* (Jn 7, 24).

Esta oración tan larga muestra una vez más la intimi-

dad del Padre con el Hijo y su deseo de que todos sus discípulos participen de ella. Y suplica, previendo los terribles asaltos que deberán sufrir y la imposibilidad de superarlos por sí mismos.

La carta a los Hebreos nos mostrará al mismo Jesús resucitado que tiene acceso al Padre e intercede por los hombres en virtud de su sangre (He 7, 25). Establecido ya en la gloria, siendo El mismo objeto de la adoración, de la alabanza y de la acción de gracias de los hombres, su oración sube, ardiente y suplicante, para que se calme la justicia y se extienda la misericordia del Padre (Cf. Directorio, 76).

4. ALGUNAS APLICACIONES PRACTICAS

Cada uno puede seguir a su gusto esta contemplación de Jesús en oración. Saquemos de ella algunas rápidas lecciones para nuestra vida.

4.1. Jesús ha rezado mucho ¡Podríamos sorprendernos de ello! Si alguno podía sentirse dispensado ¿no sería El, el Hijo mismo de Dios, asegurado por el apoyo de su Padre? ¿Para qué perder horas, y hasta noches enteras, cuando la misión le urge y que todo va a ser consumado en el espacio de tres años? Pero Jesús sabe que para poder escuchar a los hombres, hay que pasar mucho tiempo a la escucha de Dios. El sabe que antes de dedicarse a la misión, debe ser ungido por el Espíritu.

Nuestra Regla ha aprendido la lección: *«Los encuentros del apóstol con los hombres son verdaderos en la medida en que parten de verdaderos encuentros con Dios y le lleven a El (Directorio, 111).*

4.2. Jesús se preparaba a la oración

Jesús ponía los medios más favorables, apartándose por la mañana o por la noche, imponiéndose «rupturas» en el estilo de vida habitual, creando alrededor de sí el desierto. Pero este «*espacio de oración*» podía ser tanto el lugar de la desolación como el lugar del consuelo. Jesús podía al mismo tiempo gozar «*del favor del Padre*», estar transfigurado en el Espíritu como también soportar múltiples tentaciones o «*sentir temor y angustia*» (Mc 14, 33). Acogía lo uno y lo otro como expresión de la voluntad del Padre, y perseveraba del mismo modo en la «*oración del día*» como en la «*oración de la noche*», en la oración fácil como en la difícil. Parece incluso que nunca rezó tanto como en su Pasión.

El clima interior de nuestra oración no depende de nosotros, y el Maligno puede ingeniárselas para confundirlo. Hoy como en el tiempo de Jesús y como en el Antiguo Testamento, el desierto puede ser tanto el lugar de la oración gozosa como el de la oración angustiada. Por el contrario, de nosotros depende crear las condiciones favorables a la oración: el silencio, la soledad, «*una sana higiene física y mental, ...un clima de interioridad que ayude a disciplinar imaginaciones y sentimientos*» (Directorio, 79) y que hace posible la oración en las horas más favorables, cuando comienza el día y al caer la noche. Es evidente que hay que tomar unas precauciones elementales si se quiere rezar. Hay una lógica interna en la vida espiritual, existen unas leyes que no se las quebranta impunemente.

¿Cómo puedo hacer oración por la mañana si no respeto por la noche el gran silencio o si, al despertarme, conecto las emisoras de radio para escuchar las noticias del mundo? (Cf. Directorio, 81). ¿Cómo guardar el recogimiento durante el día, si estoy continuamente pendiente de mi transistor? Antes la «oración de la hora» recordaba la presencia de Dios. Hoy las «noticias de la hora» la sumergen en medio del mundo. ¿De qué manera estas

voces no nos impedirán oír la voz del Amado que nos llama a la unión (Ct 2, 10)? ¡Hay que escoger!

Además, también ayudan mucho unas buenas condiciones materiales. La existencia de oratorios en las comunidades es acertada. El derecho canónico y la Regla la recomiendan (Constituciones 39) y debe ser una prioridad en la organización de nuestras residencias.

4.3. Jesús oraba en el Espíritu

El Espíritu permanecía con El, moraba en El y le colocaba en un diálogo de amor permanente con el Padre. En el Espíritu, Jesús se reconocía el Hijo Amado. Por El escuchaba al Padre proclamarle Hijo suyo y comunicarle su misión.

De la misma manera, el Espíritu nos hace hijos de Dios, nos comunica la actitud de hijos, dependientes, humildes, pobres, confiados, y suscita en nosotros la oración de hijos, tierna y sumisa, llena de amor, que desemboca en la acogida de la voluntad del Padre. Esta oración está en nosotros desde el bautismo, pero con frecuencia está como dormida. El Espíritu se une a nuestro espíritu para despertarle, para darnos esa sencillez del hijo feliz delante de su Padre, *«que guarda sus mandamientos»* (Jn 15, 10) y recibe todo de El, le entrega también el gozo de amar, conforme a lo que Jesús mismo dijo: *«Hay más gozo en dar que en recibir»*.

El Espíritu nos abre a la presencia de los Tres en nosotros, nos hace descender hasta ese lugar íntimo, en lo más profundo de nuestro ser, donde ellos han establecido su morada, y nos inspiran las palabras que agradan al Padre.

El Espíritu es quien nos hace comprender y vivir la pregunta de Jesús: *«Padre, quiero que donde esté yo estén ellos también conmigo»* (Jn 17, 24). Pero, desde su infancia (Lc 2, 49) hasta su muerte (Lc 23, 46), ¿dónde está Jesús sino *«junto al Padre»*? ¿dónde *«mora»* sino es *«en su amor»* (Jn 15, 10)?

El Padre es, por excelencia, el «lugar» de su oración. Nos invita a encontrarle allí, para que nosotros vivamos con El y descanemos sobre su corazón. «*El Rey me ha introducido en su "morada"*» decía la esposa del Cantar de los Cantares (Ct 1, 4), en el Reino por El preparado desde la fundación del mundo» (Mt 25, 34).

Desgraciadamente muchos de sus discípulos pronuncian el «*Padre Nuestro*» sólo con los labios, sin entrar en la religión de Jesús, sin vivir como hijos del Padre, sin «*morar en su amor*».

4.4. Vida y oración Puesto que el Espíritu vivía en Jesús, **su vida entera era oración**. Sin embargo, aun cuando nunca estaba separado del Padre en su actividad, le gustaba apartarse para rezar. Como Hijo, tenía necesidad de estar unido de corazón al Padre, unión que expresaba su amor y en la cual le ofrecía la alegría de un diálogo con El. Lo que hacía o decía en el resto de la jornada era la expresión concreta de este amor, vivido en la soledad de la oración: «No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; porque lo que éste hace, lo hace igualmente el Hijo» (Jn 5, 19). «*Las palabras que yo digo, las digo como el Padre me las ha dicho*» (Jn 12, 50). En El, oración y misión se relacionan mutuamente. Contemplación y acción, muy lejos de oponerse, se alimentan. Oración y vida forman una unidad.

Y así, viendo a Jesús vivir su vida de Hijo, nos ponemos a disposición del Padre y nos dejamos abrazar por su amor. Nuestra vida sintoniza así con la vida de Jesús, enteramente «*dirigida hacia el Padre*» (Cf. Jn 1, 1; 1, 18). Como El, nos hacemos contemplativos en la acción y activos en la contemplación. Y esto mucho más en los momentos importantes o difíciles de la vida. Cuando debemos tomar decisiones difíciles es preciso «*pasar la noche en oración*»; en los momentos de duros ataques del Ma-

ligno *debemos permanecer delante de Dios* (Cf. Directorio, 94).

No podemos hablar, pues nos faltan fuentes suficientes, de una evolución en la oración de Jesús o de etapas de crecimiento. Sin embargo advertimos que pasa de la bendición y de la acción de gracias al abandono total al Padre y a la disponibilidad absoluta a su voluntad. Porque la oración es esto: renunciar a la propia voluntad y adherirse a la de Dios. En este caso, oración y vida se confunden: avanzamos hacia la oración pura.

Esto no se puede realizar sin combate, sin quedar marcados por la batalla. También Jesús fue probado, hasta la muerte... Jesús muere con el corazón abierto... ¡No se sale indemne de la lucha con Dios! Pero Jacob-Israel es padre de doce tribus; y Jesús, el nuevo Israel, es cabeza de la Iglesia, la Iglesia sin mancha y sin arruga, conquistada con su sangre (Eph 5, 25-27).

El combate de la oración ha sido fructífero porque se ha librado en total sumisión a la voluntad de Dios, o más bien en la comunión de las dos voluntades, la del Padre y la del Hijo: *«Todo aquello que yo hago, en realidad es el Padre quien lo hace»*. *No soy yo quien obra, es el Padre quien obra en mí»* (Cf. Jn 5, 19).

Como sucedió con Jesús, la oración nos comprometerá más y más en el servicio a los hombres, en la obediencia al Padre. Por medio de la alabanza, de la adoración y de la acción de gracias, nos llevará a la inmolación total, a lo largo de un camino de despojo cada vez más árido. Nos hará entrar en el silencio del abandono a Dios y terminar con el grito más desgarrador que puede lanzar un hombre: *«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»* (Mt 27, 46) y con la palabra más pacífica que un hombre puede pronunciar al morir: *«Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu»* (Lc 23, 46).

La oración nunca es tan humana como en este estado de desesperación. Y ciertamente es necesario haber

hecho la experiencia de la pobreza más aguda, la del pecado, para poder llegar a la verdadera oración. ¿Cómo podremos hacer llegar si no a Dios el grito desde las profundidades? «¿Dónde estás, oh Dios mío?» Desde la aurora te busco y mi alma está sedienta de ti». ¿No es este el momento en que Jesús, el gran Orante, se manifiesta como «pecado por nosotros» (2 Co 5, 21) y es acogido en el seno del Padre?

Con otras palabras, nunca es demasiado tarde para rezar; antes bien, cuando se ha experimentado, incluso de manera trágica, la propia impotencia para unirnos a Dios, es cuando la oración puede encontrar su camino, y su voz.

Si no he logrado todavía o si no consigo ya rezar, a pesar de mis esfuerzos, a pesar de este o aquel método empleado, si siento trágicamente mi condición de pecador y mi incapacidad para entrar en comunión con Dios ¿no será ahora el momento de abandonarme por fin al Espíritu, que puede suscitar —sólo El— en mí una oración de hijo? ¿no será el momento de renunciar a mi propia voluntad y sumergirme en la del Padre? ¿no habrá llegado el momento de abandonarme ya en sus manos? Cuanto más pobre y pecador me sienta, tanto más maduro estoy para acoger al Espíritu y orar con El la oración de los hijos de Dios, una oración sin brillo, sin palabras, enteramente desnuda, con el grito que brota desde las entrañas. Así desaparece toda fachada, queda sólo mi miseria, a la que se inclina el Padre «rico en misericordia» (Ep 2, 4).

5. CONCLUSION

Aquí tratamos sobre todo de la oración personal. Algún día habrá que hablar de la oración comunitaria, del oficio divino, de la eucaristía, de la lectura espiritual... A pesar de sus límites y de su brevedad, ¡ojalá ayuden estas páginas a cada Hermano a responder al deseo del último Ca-

pítulo General de que cada Hermano llegue a ser un hombre espiritual! Seamos sinceros: la oración no ocupa siempre entre nosotros el lugar que le corresponde: el primer lugar, el que se refiere a nuestra consigna: ¡Dios Sólo! ¡Devolvámoselo!

Para muchos de nosotros, la dificultad consiste tal vez en pasar del registro de «religioso»: orar con un sentimiento de temor, o con un registro «moral»: rezar por deber, porque la Regla lo prescribe, o con el registro «sociológico»: rezar porque así lo requiere el espíritu de comunidad, con el registro «espiritual»: de este modo no somos ya nosotros quienes vamos a Dios, haciendo unos actos religiosos, incluso sinceros, sino que es El a quien dejamos que venga a nosotros, por medio de su Espíritu de amor.

Tenemos una obligación mayor, ya que debemos ser para nuestros alumnos maestros espirituales, maestros de oración. Esperan que seamos hombres que den más importancia al ser que al tener y al poder, hombres que les ayuden a no estar condicionados por este mundo tan materialista. *«Esta es la contestación más urgente que los religiosos deben oponer a una sociedad en la que la eficacia ha llegado a ser un ídolo, sobre cuyo altar no es raro que se sacrifique la misma dignidad humana»* (Juan Pablo II a los Superiores Generales, noviembre de 1978).

Nuestros alumnos piensan que ya no basta tener éxito en la vida, sino que importa mucho más que la vida tenga éxito. Este éxito es el éxito de un amor del que la oración es signo, signo que lo revela y lo hace crecer. Nosotros seremos capaces de hacérselo descubrir si somos lo que debemos ser: *«especialistas de la oración»* (Juan Pablo II a los religiosos, en Manila, 17 de febrero de 1981), si aceptamos también nosotros ir hasta el final del camino por el que el Hijo quiere llevarnos: el abandono total de nuestra voluntad en las manos del Padre.

Hermanos, no tardemos ya en oír el mensaje del Capítulo General. Volvamos a recuperar el camino de la ora-

ción si lo hemos perdido; continuemos avanzando por él si no lo hemos dejado, sin perder el tiempo, sin dejarnos distraer; «a pasos de gigante» si Dios nos concede esta gracia, a través del desierto o del oasis, sabiendo que la oración no consiste en sentir a Dios, sino en consentirle, es decir condescendiendo con todo el corazón en los proyectos que tenga para nosotros.

Recorramos este camino en compañía de Jesús, bajo la moción del Espíritu: El nos llevará al Padre. Nuestra vida habrá vuelto a encontrar su sitio, el Padre. La vida se convertirá en oración. Tendrá el ansia de Dios. Y lo dará a aquéllos con quienes nos relacionamos los Hermanos de la comunidad, los alumnos de nuestras clases, las personas de nuestro ambiente.

La Virgen María, que ha formado a Jesús en la oración, sabrá igualmente formarnos a nosotros. Ella es el modelo de la vida contemplativa. El Evangelio nos la muestra escuchando la palabra de Dios y meditándola en su corazón, (Lc 2, 19; 2, 5) ya de pie, en silencio, junto a la cruz, obediente a la voluntad de Dios, unida al sacrificio redentor de su Hijo (Jn 19, 25). En su escuela, aprenderemos la oración que agrada al Padre.

La oración y la vida en el Espíritu, como nos las propone la Regla, nos harán entrar de este modo en la corriente de gracia con la que el Señor regala hoy a su Iglesia. Al imponernos unos tiempos de encuentro regulares con Dios, que nos urgen cada día a la conversión, la Regla hará de nosotros unos orantes, nos formará para ser oración nosotros mismos. Nuestro mundo, «espiritualmente cansado» (Juan Pablo II), no tiene necesidad mayor.

Hno. Bernard GAUDEUL
Superior General

Mont-Tremblant (Canadá) en la fiesta de la
Sma. Trinidad, 17 de junio de 1984.

INDICE DE MATERIAS

	<u>Pág.</u>
Introducción: Se vuelve a rezar	3
1 La Oración fácil	9
1.1 La raíz de nuestra oración	9
1.2 El desarrollo de nuestra oración	11
2 La Oración difícil	15
2.1 Antes de rezar	15
2.2 Durante la oración	20
3 Jesús en oración	26
3.1 Lo que Jesús hacía	26
3.2 Lo que Jesús decía:	28
— "Abba", la oración filial	28
— Bendición, acción de gracias, súplica, intercesión	29
4 Algunas aplicaciones prácticas	32
4.1 Jesús ha rezado mucho	32
4.2 Jesús se preparaba a la oración	33
4.3 Jesús oraba en el Espíritu	34
4.4 Vida y oración	35
5 Conclusión	37



